

"Campesino castellano", obra del pintor Modesto Ciruelos

Castilla no es pródiga en pintores. Me refiero a pintores de una sólida formación castellana.

Aun en la época de las escuelas regionales, cuando la vida artística parecía prosperar a expensas del paisaje, impregnada de las características del medio, la influencia geográfica se dejaba sentir en los artistas castellanos de una manera poco clara.

Los pintores castellanos eran los primeros en sumarse a las corrientes forasteras que entonces cruzaban Castilla con la pausada lentitud de los ríos cuando encuentran en el llano lecho cómodo y amplio. Ese remanso, que aquí forman las aguas del Tago, el Duero o el Ebro, alejadas ya de las abruptas torrenceras de su origen, lejos aún del proceloso oleaje del mar, es como el símbolo de toda la vida castellana: reposo, estancamiento, éxtasis...

Espíritu contemplativo el de los castellanos, sabía esperar a que la invasión del arte italiano por Levante o el arte francés por el Norte llegaran al centro de la Península y se extendieran como el líquido de los regatos al abrir su cauce sobre las tierras calvas y anchas. El Mediterráneo se adentraba en Valencia y Andalucía con ímpetu demasiado furioso para que la fecundación pudiera ser prolífica. La pintura renacentista fué en estas comarcas del litoral más italiana que española... De los Pirineos bajaban a Cataluña, y se esparcían por Aragón y Vasconia, las tendencias norteñas sin detenerse apenas, porque la aspereza del paisaje no era propicia a recogerlas en su seno. El arte francés no llegó nunca en esos sitios a ser arte español...

Castilla, en cambio, recibía el influjo extranjero sossegado ya, tamizado en la ruta de paso, serenado en la magnífica amplitud de sus campos sin fin. Y era como un riego suave que embebía la tierra sedienta. Ni jardines florecidos, ni huertas ubérrimas. Trigales de apretadas espigas que serán pan.

Así creció en la entraña de Castilla un arte robusto, más universal, mientras las regiones periféricas producían un arte folklórico, más suyo; pero también más transitorio, menos arraigado y profundo.

Es curioso observar cómo las audacias de los innovadores — conquistadores, aventureros — arrancan de la periferia. Y, no obstante, es en el centro donde se forjan los grandes místicos de la conquista y la aventura. Poetas, unos y otros, a aquéllos, corresponde la acción; a éstos, la inspiración.

Pocos pintores genuinamente castellanos. Y, sin embargo, los que de verdad se aclimatan en el corazón de Castilla, reflejan, como ningunos otros, el suelo, el carácter y el espíritu. Fueron los más completos. Los que han dejado huella más honda en el arte español. No será necesario evocar la figura del Greco.

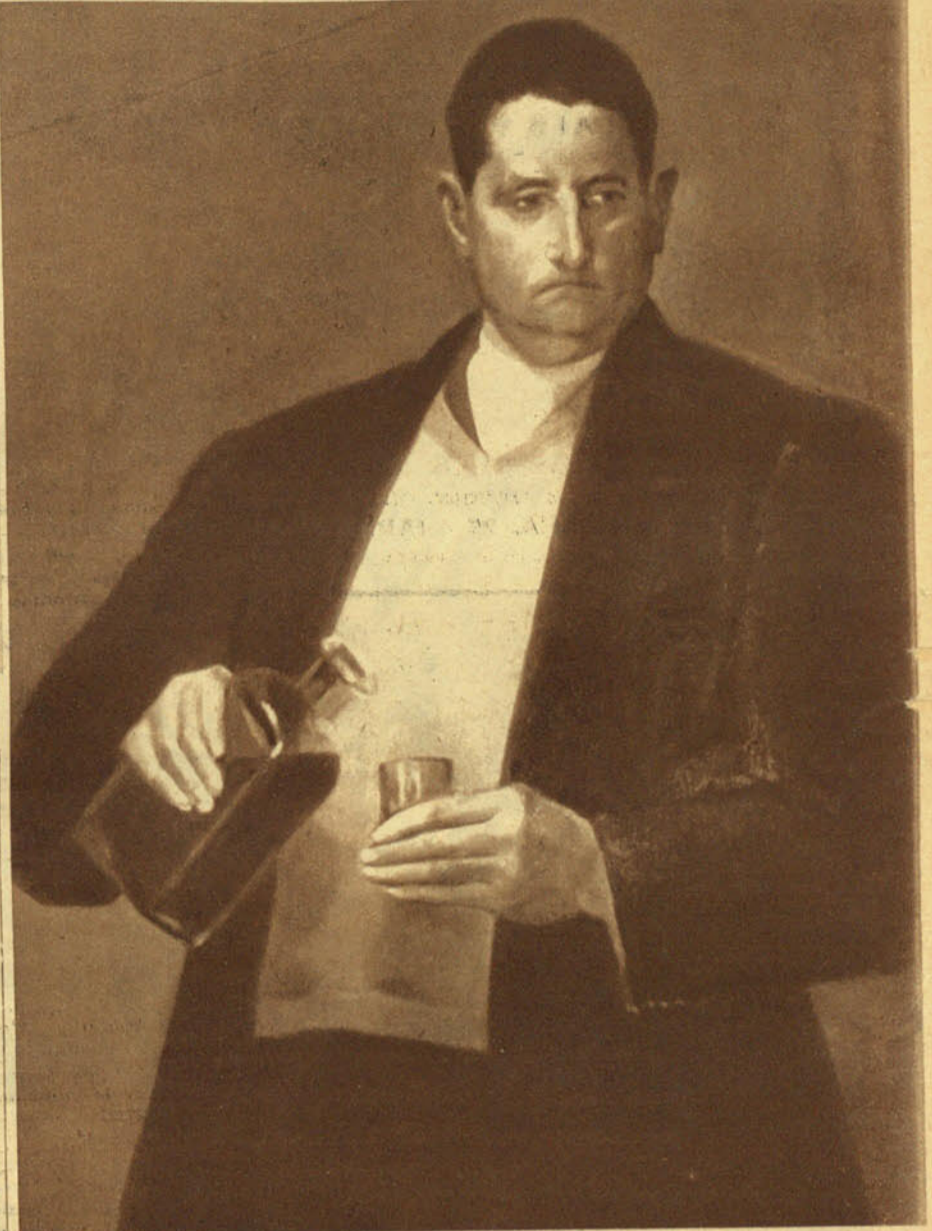
Entre los contemporáneos podíamos señalar, también, a los castellanos — repito que hablo de temperamentos, no de naturalezas — como los más representativos de tradiciones y ambiente locales.

Burgos, que con Marcelino Santa María, da a la pintura un acento personal

inconfundible, parece querer influir de nuevo en la formación de sus artistas. La sombra de la soberbia Catedral cubre a toda Castilla, como el pórtico de la Gloria de Santiago semeja cobijar a Galicia entera. Conozco a varios pintores burgaleses que me afirman en este juicio. Pero tal vez ninguno de tan definida raigambre castellana como Modesto Ciruelos, el joven pintor a quien recientemente se tributó en su tierra un homenaje.

Ciruelos, después de la Exposición de Burgos, ha traído sus cuadros a Madrid, y los ha mostrado a algunos íntimos.

Paisajes de fuerte arquitectura — paisajista, prefiere los pueblos de casas sórdidas enracimadas —; composiciones, a base de tipos populares de acusado carácter — prefiere también los tipos de duro perfil plástico —; retratos de gran espiritualidad — como retratista busca, igualmente, los matices más emotivos del espíritu — constituyen su obra pictórica, no exenta de defectos; pero animada ya del concepto austero y riguroso de la buena pintura.



"Retrato de mi padre", una de las más importantes obras del joven pintor burgalés Modesto Ciruelos



Este es uno de los últimos lienzos pintado por el artista burgalés Modesto Ciruelos

Buena pintura... ¿Clásica? ¿Barroca? ¿Antigua? ¿Moderna? Afortunadamente, a Modesto Ciruelos todavía no han llegado otras voces que las de su propia conciencia artística. Pinta sinceramente, sin preocupaciones ni forcejeos con la técnica, que es cosa importante, pero no capital.

Ahora bien; cuando se pinta un retrato con la verdad realista y la sinceridad con que Ciruelos ha pintado el de su padre — ese recio varón castellano arrancado de nuestro escenario clásico — puede añadirse que la pintura se siente como función espiritual, no como oficio ni entretenimiento.

"Imaginar la realidad", que ha dicho Unamuno, es la más elevada concepción de las Bellas Artes. Dejar de ser nuevo intérprete, para crear dando otra vida a lo que ya la tiene, es el grado más puro del artista. Si el realismo en Arte se hubiera entendido siempre así, no existirían antagonismos entre realistas e idealistas, porque nada sería real del todo ni a nada le faltaría el genio de la imaginación.

Ese retrato de tan noble traza pictórica, acredita más que un pintor un gran temperamento de pintor. Y, además, de pintor castellano, porque, como digo, recoge las influencias, las tradiciones y las formas de la pintura de todos los tiempos para hacerse pintura actual, seria e inteligente.

Tener temperamento no es sólo la primera condición, sino la única capaz de formar al artista. Sin ella se puede llegar a pintar bien... y no ser pintor. Con ella, aunque no se pinte bien, el pintor asomará siempre en los lienzos defectuosos.

Temperamento de pintor hay en Modesto Ciruelos. Y anuncio de un pintor de grandes posibilidades lo hay también en su obra de hoy, aún sin granar, próxima ya a la madurez sesuda y reflexiva